

cristianos seguridad alguna; el nuevo sultán de Damasco y del Cairo adivinaba todos sus pensamientos, se recogía con inquieta seguridad cuando trasladaba la fama, y cada día se aguardaba verle regresar con nuevas fuerzas. Los magnates del reino se juntaron muchas veces para deliberar sobre los medios de defensa que se podrían poner en planta. En una de las reuniones se decretó un impuesto extraordinario y que cada habitante pagaría uno por ciento sobre el valor de sus propiedades, y dos por ciento sobre sus rentas. Aquéllos, cuya fortuna no llegase á cien bezantes, pagarían un derecho de fogaje de un bezante ó de un medio bezante; en cada casal ó aldea, se pagaría un bezante por cada hogar. Cuatro comisarios preceptores, hombres de bien y temerosos de Dios, fueron nombrados en cada ciudad; todo el mundo estaba sujeto al impuesto, hasta los judíos y musulmanes. Los productos de la contribución debían llevarse á Jerusalén ó á Tolemaida, y depositarse en una caja de tres llaves; y sólo podían emplearse para el mantenimiento del ejército y para la reparación de las plazas fuertes.

Interin esto pasaba, en 1183, Saladino regresó á Damasco. En estas lejanas guerras había conquistado muchas grandes ciudades, y todos los sultanes y los emires de la Mesopotamia se habían convertido en tributarios ó aliados suyos, no teniendo ya más que á los cristianos por enemigos, de manera que éstos desde entonces se preguntaban cada día con temor hacia qué punto iba á caer la tormenta.

Por otra parte la enfermedad de Balduino hacia espantosos progresos. Este desgraciado príncipe había perdido la vista, las extremidades de su cuerpo oían mal, efecto de la putrefacción, y no podía servirse de sus pies ni de sus manos.

En esta desesperada situación abandonó al fin la autoridad suprema, conservando tan solo la dignidad real con la ciudad de Jerusalén, y nombró al efecto regente del reino á Guido de Lusignan, confiando á éste los cuidados de la administración. La elección de Lusignan no inspiró confianza ni al pueblo ni al ejército. No tardó en saberse que Saladino, con bastante caballería, había penetrado en el territorio de los cristianos. Después de haber acampado cerca del Jordán, envió cuerpos de tropas á todas las comarcas vecinas, sentando Saladino sus reales cerca de la fuente de Tubania, entre el monte Gelboe y la antigua ciudad de Betzán. El ejército cristiano mandado por el nuevo regente del reino, se puso en marcha, viniendo á acampar en presencia de los musulmanes. El enemigo asolaba las campiñas, incendiaba las poblaciones, se llevaba á las mujeres y á los niños, y saqueaba é incendiaba á los monasterios y las iglesias. En medio de esta desolación general,

las tropas cristianas permanecieron inmóviles, á pesar de formar un total de mil trescientos caballeros y más de veinte mil infantes. Los hombres experimentados creían que era la ocasión favorable para vencer á Saladino, pero no se les presentó batalla, no siendo el enemigo perseguido en su retirada.

Acusóse á Guido de Lusignan de haber vacilado ante el peligro ó más bien ante la victoria. De todas partes se levantaban quejas contra él. Hasta Balduino participó de la indignación general y se arrepintió de haber dado tanto poder á un hombre tan poco capaz de salvar el reino, resolviendo exonerarle del cargo de regente, llevando tan lejos su irritación, que quería despojarle de los condados de Ascalón y de Joppe y hacer anular el casamiento de Sibila. Guido fué condenado á comparecer delante de la corte de los barones y de los obispos, y como rehusase el obedecer, Balduino, aunque enfermo y ciego, se dirigió á Ascalón. Las puertas de la ciudad estaban cerradas. El desgraciado príncipe llamó y mandó que las abriesen; tres veces llamó con su propia mano, y nadie pareció. Mientras que el rey mandaba que se le facilitase la entrada, las gentes de la ciudad estaban sobre las murallas y las torres, sin atreverse á moverse, esperando el resultado de este negocio. Balduino, tomando el cielo por testigo de tan grande ultraje, marchó á Joppe, en donde fué recibido por el pueblo y por los caballeros, y puso á su bailío en el lugar de Guido de Lusignan. Luego que hubo regresado á Jerusalén, llamó al conde de Trípoli, y le dió la administración del reino, queriendo al mismo tiempo colocar la corona en las sienes de un niño de cinco años, nacido del primer matrimonio de Sibila con el marqués de Monferrato. La regencia dada á Raimundo causó grande alegría á los barones y á todo el pueblo, porque desde mucho tiempo dominaba en Jerusalén la opinión, de que sin el conde de Trípoli, no se experimentarían de parte del rey más que desgracias. Así que estuvieron arreglados los asuntos de la regencia, el hijo de Sibila fué coronado bajo el nombre de Balduino V. Como el reino era pequeño y el rey no quería que estuviese debajo de los demás, se mandó que un caballero le llevase en brazos hasta el templo del Señor. Preparóse luego un gran banquete en el palacio de Salomón, según costumbre, y los vecinos de Jerusalén sirvieron al nuevo rey y á sus barones. Después de este día no hubo más fiestas ni más alegría en la santa ciudad.

El patriarca Heraclio y los grandes maestros del Temple y del Hospital fueron enviados entonces al Occidente para solicitar los socorros

de la cristiandad. Así que estos diputados llegaron á Italia, el papa Lucio, echado de Roma, había convocado un congreso en Verona al que asistió Federico, emperador de Alemania, para deliberar los medios de restablecer la paz en el mundo cristiano.

Los diputados de la Palestina fueron admitidos en esta asamblea, y recordaron con sus discursos los peligros y las calamidades de la Tierra Santa. Atravesaron los Alpes, y solicitaron la piedad y el valor de los guerreros franceses. Felipe Augusto, que reinaba á la sazón, recibiólos con los más grandes honores, pero como acababa de subir al trono, el interés de su reino no le permitía ir en persona á la defensa de Jerusalén. Enrique II, rey de Inglaterra, cuya reputación militar se extendía hasta el Oriente, parecía ser la última esperanza de los cristianos de la Siria. Como este príncipe por expiar la muerte del arzobispo de Cantorbery, había prometido al Papa conducir un ejército á la Palestina. Heraclio se presentó en su corte, y presentándole las llaves y el estandarte del Santo Sepulcro le recordó que había su juramento. La Inglaterra se hallaba entonces trabajada por los disturbios y el espíritu revolucionario había contaminado hasta la familia del monarca. Enrique, manifestando el mayor celo por la restauración de los Santos Lugares, prometió concurrir á los gastos de la Guerra Sagrada, pero rehusó al tomar la Cruz. «Guardad vuestro tesoro, exclamó el Patriarca irritado de la resolución del monarca; porque nosotros buscamos un hombre que tenga necesidad de dinero y no el dinero que tenga necesidad de hombre.» Estas palabras que ciertamente no están inspiradas por el espíritu del Evangelio, parecían más á propósito para irritar que persuadir al monarca inglés, y como Enrique II no pudo ocultar su sorpresa el patriarca redobló la insolencia y el orgullo. «Vos habéis jurado, añadió, partir con un ejército á la Tierra Santa, y han transcurrido diez años sin que hayáis hecho cosa alguna para cumplir vuestra promesa. Vos habéis engañado á Dios: ¿pero ignoráis lo que Dios tiene reservado para los que rehusen servirle?» Al escuchar este discurso el monarca no pudo contener su indignación. «Ya veo, continuó Heraclio, que excito vuestra cólera; pero podéis tratarme como habéis hecho con mi hermano Tomás, porque me es indiferente morir en Siria á manos de los infieles ó de perecer aquí por vos que sois más malo que los sarracenos.»

Lo que caracteriza las opiniones de esta época es el hecho de ver á un poderoso monarca, no atreverse á castigar á un enviado de los cristianos de Oriente, que le había hablado de esta suerte, viéndose obliga-

do á tolerar los ultrajes en los que se mezclaba el nombre de Jerusalén. Enrique persistió en su resolución de no abandonar el reino y ofreció remitir una parte de sus tesoros á los defensores de la Palestina, permitiendo á sus vasallos el tomar las armas contra los infieles.

No había llegado aún la época en que los recuerdos de la santa ciudad debían conmovér de nuevo al Occidente. Muchos embajadores recién llegados de Jerusalén cuyas palabras eran más persuasivas que las de Heraclio, no habían podido reanimar el bélico entusiasmo de los cristianos. Si se exceptúa á Pedro de Courtenay, hermano de Lucio VII, al conde de Troyes, al conde de Lovaino, á Felipe conde de Flandes y al duque de Nevers, que en esta desgraciada época visitaron los Santos Lugares; los barones, los caballeros del Occidente, no soñaban en combatir por la herencia de Jesucristo. El Papa afligido por el abandono en que se dejaba á las colonias cristianas de la Siria y confiado solamente en el prestigio de su palabra, había escrito á Saladino y á su hermano Malek-Adhel, rogándoles que pusiesen un término á la efusión de sangre, y al mismo tiempo devolviese la libertad á los prisioneros cristianos. Debe creerse que el Pontífice empleó estos medios de persuasión porque no tenía otros. El ardor de los cruzados no estaba apagado completamente, pero para despertarlo en su primitiva energía había necesidad de que aconteciese algo extraordinario, alguna gran calamidad que pudiese conmovér los corazones y hablar á la imaginación de los pueblos.

Cuando el patriarca Heraclio regresó á Jerusalén, todo marchaba á una rápida decadencia. «Nosotros detestamos el presente, escribía entonces el arzobispo de Tiro, y tenemos la vista fija en el porvenir: nuestros enemigos han vuelto á recuperar sus peticiones, y nosotros hemos llegado á un punto que no podemos sobrellevar ni los males ni los remedios.» Después de haber pronunciado estas palabras, el historiador del reino de Jerusalén no se siente con fuerzas para seguir su relación, y deja á otros la tarea de contar las calamidades que él preveía. Muchos autores contemporáneos no dejan de referir aquí los presagios que anunciaron al fin de las colonias cristianas, tales como temblores de tierra, eclipses de luna y de sol, y un fuerte viento que conmovió las cuatro partes del mundo. Los hombres piadosos veían también estas terribles señales, creyendo que la próxima ruina del reino reconocía por causa la disolución de costumbres y el completo olvido de la moral evangélica. El antiguo enemigo del género humano llevaba á todas partes el espíritu de seducción, reinando sobre todo en Jerusalén. Las otras naciones que

habían recibido de este país las luces de la religión, recibían entonces el ejemplo de todas las iniquidades: así Jesucristo lo despreció, permitiendo que Saladino fuese el instrumento de su venganza. Otra señal no menos cierta de las revoluciones y calamidades que se preparaban, era la de que los más imprudentes y los más perversos dirigían los negocios del Estado no habiendo en la mayor parte de los jefes más que impotencia y ceguedad, y no quedando para gobernar el reino más que los príncipes y los reyes de triste memoria.

El desgraciado Balduino había perdido completamente las facultades del cuerpo y del espíritu, y atormentado por los dolores que eran muy crueles y vivos, sólo pensaba en morir. Su cercana muerte llenaba de luto á su palacio, pero al mismo tiempo todos los partidos se disputaban la autoridad suprema, no dejando un momento de tranquilidad á este reino que querían gobernar. Así que el monarca acabó de expirar, el cual tomó mayores proporciones, y la discordia no conoció freno. El conde de Trípoli quería conservar las riendas del Estado, como regente del reino, y Sibila quería dar el cetro á su esposo. En medio de estas disensiones, Balduino V, débil y muy frágil esperanza del pueblo cristiano, murió repentinamente. Depositáronse sus restos mortales en el lugar donde descansaban las cenizas de Godofredo, y su sepulcro fué la última tumba real colocada al pie del Calvario.

Cuando el tierno rey fué enterrado, el conde de Trípoli reunió á los barones del reino de Naplusa. El patriarca y el gran Maestre del Temple permanecieron en Jerusalén, diciendo á la condesa de Joppe, mujer de Lusínán, que ellos la coronarían á pesar de todos los del país. Después del consejo, Sibila hizo avisar á los barones reunidos en Naplusa para que asistiesen á su coronación, pero éstos rehusaron alegando los convenios celebrados y los juramentos prestados en tiempo del rey leproso. El patriarca y el gran Maestre del Temple despidieron á los mensajeros de los barones, diciendo que ellos no guardarían ni la fe ni los juramentos y que coronarían á la señora. Luego fueron cerradas las puertas de la ciudad, y Sibila se dirigió á la iglesia del Santo Sepulcro para la ceremonia de la coronación. El patriarca, habiendo tomado del tesoro dos coronas, puso una sobre el altar, y colocó la otra en las sienes de la condesa de Joppe. Así que la condesa estuvo coronada, el patriarca la dijo: «Señora, vos sois mujer, conviene que tengáis á vuestro lado un hombre que os ayude á gobernar. Tomad esta corona y dadla al hombre que pueda ayudaros en la gobernación del reino.» Ella tomó la corona y llamando á su señor, que estaba delante de ella, le dijo: «Señor,

adelantaos y recibid esta corona, porque yo no sabría cómo colocarla mejor.» Guido se arrodilló y le puso la corona sobre la cabeza; de esta manera él fué rey y ella reina. Cuando llegó á noticia de los habitantes de Naplusa la coronación de Sibila y de su esposo, los barones se quedaron estupefactos. Balduino de Ramla, uno de los primeros señores del reino, afigióse más que los otros, y dijo á sus compañeros que el país estaba perdido y que él se marcharía; porque no quería incurrir en la nota de haber asistido á su ruina. El conde de Trípoli rogó á Balduino de Ramla que se apiedase del pueblo cristiano y se quedase con los demás barones á fin de salvar el reino que estaba en peligro. «Nosotros tenemos aquí, añade Raimundo, al joven Thorón, marido de Isabel, hija segunda de Amaury; iremos á Jerusalén y le coronaremos, porque tenemos á toda la baronía del país. Los sarracenos no se sublevarán, antes al contrario, nos ayudarán, si es preciso, porque yo tengo ajustada una tregua con ellos.» De este modo los varones se pusieron de acuerdo y se comprometieron á coronar á Thorón al día siguiente. Pero éste, que apenas llegaba á la edad de quince años, sabiendo que querían hacerle rey, pensó en lo crítico de su posición y en las consecuencias que podían originarse, corrió á Jerusalén y echóse á los pies de Sibila diciéndoles que él prefería la tranquilidad de la vida á la corona que querían darle. Pronto se supo en Naplusa que Thorón había huído á Jerusalén. Entonces los barones quedaron muy afligidos, no sabiendo qué partido tomar; la mayor parte creyeron que ellos no podían, sin deshonor, renegar del rey que acababa de ser coronado, y fueron á rendirle homenaje, cada uno por su feudo y por su tierra. Balduino de Ramla no quiso permanecer en territorio del rey Guido, y retiróse á Antioquia, lo que fué un gran mal para los cristianos y un motivo de alegría para los infieles, de los que era muy temido. El conde de Trípoli fué á encerrarse en la ciudad de Tiberiada, que le pertenecía por su esposa, y pidió socorros á Saladino en el caso que Lusínán viniese á atacarle.

En el reinado de Balduino el Leproso se había ajustado una tregua con Saladino, que aun duraba. Esta tregua, en las circunstancias de que acabamos de hablar, era como la salvación del reino. Cosa digna de notarse: los musulmanes respetaron esta vez la fe jurada. En 1186 Reinaldo de Chatillón, dominado siempre de su fogoso carácter, atacó y despojó en plena paz una rica caravana musulmana que pasaba cerca de Corac. Al momento que Saladino tuvo noticia de semejante hecho, lleno de cólera, juró vengar la violación de los tratados y el ultraje hecho al islamismo. Dirigió una circular á sus emires y á sus